

# LOS VERANOS DE MI INFANCIA

## CAPITULO 1

### Los tirachinas y la caza furtiva de pájaros



Corrían los veranos de mediados de los años 50 y los chiquillos nos dedicábamos a hacer todo tipo de actividades, la mayoría nada buenas.

Como no existía el botellón ni los SMS, no teníamos más remedio que jugar a las chapas, a los güitos y a los cromos, pero siempre se le ocurría a alguien

que era mucho más divertido hacernos un tirachinas e irnos a cazar pájaros.

No había casi coches en Getafe, era muy difícil conseguir las preciadas gomas de neumático necesarias para construir esta arma, así que, había un verdadero comercio clandestino alrededor de este asunto, algunos zapateros remendones nos las vendían por una peseta e incluso, llegábamos a pagar una cincuenta por las dos tiras de goma de unos 25 centímetros, o sea, la paga semanal.

Si alguna vez encontrábamos un trozo de goma de neumático por ahí tirado, que era raro, lo troceábamos nosotros en tiras, secuestrando a escondidas las tijeras de la caja de costura de mi madre, motivo por el que alguna vez me llevé alguna colleja, primero porque mi madre no aprobaba que tuviera un tirachinas y, segundo, porque, además, ella argumentaba que cortar goma estropeaba el filo de las tijeras y luego no cortaban bien la tela.

Otra forma de hacerse con estas gomas era consiguiendo un trozo de los tubos de goma que se utilizaban para poner el suero por goteo y hacer transfusiones sanguíneas, (como no existía el hospital, esto se hacía con frecuencia en los domicilios), pero estas eran más difíciles aún de conseguir. También nos servían a veces las cámaras de las bicicletas, más asequibles porque bicicletas si había más, pero eran menos apreciadas porque el artefacto no tenía tanta fuerza.

La zapateta que era el trozo de cuero donde se alojaba la piedra o china, era más fácil de pillar, porque se extraía de cualquier zapato viejo. Y la horquilla, bien de palo aprovechando la bifurcación que convertía una rama en dos, o bien construyéndola con un alambre grueso, tampoco presentaba mucha dificultad.

El bramante o tramilla necesarios para ensamblar las 4 piezas, no se encontraba tan fácil como ahora, pero nos las ingeniábamos y lo conseguíamos a cambio de cromos, güitos o chapas. Eran tiempos de trueque.

Los tirachinas, -peligrosísimos desde mi ahora punto de vista de adulto-, no sólo servían para tirarle a los pájaros, también traíamos loco a Felipe Paniagua, que era el empleado del Ayuntamiento encargado del mantenimiento del alumbrado público, y que veía como las bombillas de las calles no llegaban al término de la vida útil prevista por el fabricante. Cosa que, en el fondo, algunas parejas de novios nos agradecían.

Otro pasatiempo que tenía como protagonista al tirachinas, eran las tardes de principios de otoño. La pared sur de la iglesia de la Magdalena, se poblaba de vencejos que hacían sus nidos en las grietas de las piedras, al entrar en el nido el animal se quedaba parado 2 ó 3 segundos y ese era nuestro blanco, aunque, para ser sincero, he de confesar que, en toda mi infancia, jamás acerté con mis pétreos proyectiles a ninguna de aquellas rapidísimas aves.

Como si era posible cazar algún ejemplar de esta especie, era haciendo un círculo de papel de unos 10 cm. con un agujero en el centro de unos 3 cm., el papel tenía que ser duro y fuerte a la vez que ligero, (un trozo de bolsa de plástico de las de ahora, hubiera sido perfecto, pero entonces no existían).

Con una piedra lisa unida a esta especie de rosquilla de papel, se lanzaba el conjunto al aire, la piedra caía rápidamente como es natural por el efecto de la gravedad, pero el papel quedaba flotando en el aire a merced del viento y, si había suerte y cogía alguna corriente de aire más cálido se elevaba. Los vencejos entonces se lanzaban cual camicaces a él, quedando prisioneros en el agujero central y cayendo al suelo por la traba de sus alas.

Solo por el espectáculo de ver a los vencejos lanzarse en busca del papel, seguramente engañados al pensar que era un gran insecto para su cena, ya merecía la pena el entretenimiento.

Era difícil conseguir el objetivo final porque, en la mayoría de los casos, cuando el vencejo entraba en el agujero central, el papel se quebraba y el animal quedaba liberado, pero alguna vez vi cazar alguno así.

La liga, era otra de las artes, (o mejor dicho, de las malas artes), para conseguir un pájaro vivo. Se trataba de hacer una crema pegajosa que se conseguía derritiendo el caucho de las suelas de los zapatos, embadurnar después con aquel mejunje un trocito de esparto o de junco y dejarlo en las ramas en las que se posaban los incautos animales. Cuando lo hacían, el pegamento y el junco quedaban adheridos a las plumas de sus alas y les impedían volar.

---

Se me ponen los pelos de punta solo de pensar que alguna vez hice semejante salvajada. Pido perdón públicamente por ello.

La caza furtiva con cepos de alambre, que muchas veces nos fabricábamos nosotros mismos, fue también casi una industria, había verdaderos profesionales que se dedicaban a este menester, para después vender los animales por docenas, ya pelados y limpios, a los bares de la calle Madrid, quienes los servían fritos para el deleite de sus clientes. Los pajaritos fritos eran una tapa bastante apreciada y, aunque es cierto que entonces había mucha más necesidad que ahora, no disculpo tampoco esta práctica, en la que alguna vez también participé pero, eso sí, solo fue para el consumo propio, también me avergüenzo de eso.